

MD

AMD, 91, 8, 15



L I T E R A T U R A



“ME GUSTARÍA
QUE UNO DE MIS LIBROS
SE LEYERA DENTRO DE CIEN AÑOS”

A pesar de tantos premios y distinciones se considera un hombre del campo sin méritos suficientes como para escribir su autobiografía, sin embargo no renuncia al íntimo anhelo de la inmortalidad literaria. Miguel Delibes nació en Valladolid en 1920 y acaba de publicar *He dicho*, una obra que contiene un variopinto conjunto de reflexiones que vienen a refrendar lo expuesto por el escritor a lo largo de medio siglo de historia.

Desde que en 1947 obtuvo el premio Nadal con *La Sombra del ciprés es alargada*, hasta 1993 en que fue distinguido con el Cervantes, Delibes ha ido trazando página a página la semblanza de unos personajes acuciados por el entorno, que dejaban entrever la inquietud de su autor por los temas sociales y el amor a la naturaleza. Dos constantes en su vida y en su obra que se recuerdan en *He dicho* junto con otras impresiones sobre la amistad, la literatura, la caza, el cine, el periodismo, su tierra vallisoletana ... En definitiva una vida tan prolija como la de sus protagonistas que nos ha inducido a acercarnos al escritor con el propósito de intentar descubrir al hombre. El sujeto central de estas líneas.

Asegura que el novelista vive unas vidas ajenas a la suya. ¿Quién es entonces Miguel Delibes cuando se libera de su máscara de escritor?

Bueno para contestarle a esta pregunta tendría que desnudarme en una autobiografía y mis proyectos no van por ahí. Escribir la propia autobiografía revela el convencimiento de que uno se considera a sí mismo una persona importante. Como no lo creo así no pienso escribir mi autobiografía.

Una vez más la caza y la preocupación por la naturaleza ocupan gran parte de su nueva obra. ¿Qué le provoca más irritación el pimpampun de los que usted llama nuevos cazadores o la mala política medioambiental?

No sé cual más y cual menos pero ambas cosas me provocan irritación. Por un lado, el cazador debe ser un hombre responsable y, por otro, la caza no tiene nada que ver con el tiro. Son actividades distintas.

Pero más grave que todo eso es la pobre política ambiental en el planeta entero. Los políticos no se dan cuenta de que la primera exigencia de los ciudadanos es no poner en peligro la Tierra que nos es indispensable para vivir.

¿Cree que la gente entiende que un amante de la naturaleza sea a la vez un empedernido cazador?

Sí, claro que lo entiende. Pero lo primero que necesita la gente es que no le hagan un lío. Hay mil procedimientos de caza (es decir mil cazadores distintos) y la gente admite unos y rechaza otros, lo mismo que yo. La caza limpia, respetuosa con la pieza que persigue, sin utilizar ardides ni hacer trampas, me parece una actividad lícita.

Su constante han sido los personajes marginados por el entorno, víctimas de unas carencias impuestas. ¿Concibe el mundo en los mismos términos?

En el mundo hay mucho desheredado, mucho marginado, demasiados perdedores. Por eso, aun

admitiendo que la democracia sea el menos malo de los sistemas políticos, nuestra obligación es perfeccionarlo. No es admisible que, como sucede hoy, la democracia procure un medio de vida digno a un 80% de los ciudadanos y deje a un 20% instalado en la necesidad. Los pobres se cuentan por millones en la España actual.

Dice que un hombre se hace viejo cuando pierde la curiosidad. ¿La ha perdido usted?

En buena medida sí. Voy perdiendo curiosidad al tiempo que pierdo memoria. Ambas pérdidas me parecen indicios de envejecimiento.

He Dicho comienza con un prólogo que nos advierte de que tal vez éstas sean sus últimas reflexiones y acaba con el capítulo una vida vivida. ¿Le preocupa la muerte? ¿Teme que las carencias físicas puedan oscurecer el genio del novelista?

Más que la muerte me preocupan las circunstancias en que pueda producirse. Dormirse y no despertar no me inquieta demasiado. Es así, somos así: nacemos para morir. Lo de las carencias físicas es otro cantar. Hay muchos grandes hombres que hicieron obras maestras en la vejez. Esto no quiere decir que los años no influyan (“no oscurezcan”, como usted dice bien) en la creatividad del artista.

¿Cree que los escritores de moda contribuyen más a la difusión de la lectura que los clásicos?

Creo que sí, que es más fácil conquistar a un lector con una obra de hoy que con una clásica. Pasar de la literatura moderna a la clásica es un paso explicable y natural. Entrar directamente en la clásica está reservado a los espíritus selectos.

Después de tantos lustros abogando en sus obras por la honestidad y los gestos solidarios, ¿qué opinión le merece una tragedia tan real y poco humana como la de Zaire?

Algo inhumano, escalofriante. Pero lo más inhumano es la calma con que se toman las cosas las instituciones que acogen a todos los pueblos del mundo. ¿Es que el hombre no es el interés primordial?

En su novela *La Hoja Roja* palpita la idea de que todo ser nace para aliviar la soledad de otro ser. ¿A quién ha aliviado usted de su soledad y quién le ha aliviado a usted de la suya?

Es una manera de definir la solidaridad. Los otros deben ser nuestra preocupación. Por eso me sorprende e irrita más la pasividad humana ante catástrofes como la de Zaire.

Sin falsa vanidad, señor Delibes. ¿Se conforma con los premios, las distinciones y el éxito ya reconocido o aspira a la gloria literaria?

Cada uno entiende la gloria de una manera. ¿Se refiere usted a la “inmortalidad”? En este sentido debo decirle que por encima de éxitos pasajeros, me gustaría que uno de mis libros se leyera dentro de cien años. Y mejor aun dentro de mil.

Pilar Matorra